

CRÓNICA. El único sobreviviente de la masacre de Urrao debió acudir a ayuda psicológica para sobreponerse a la tragedia

"Las pesadillas ya se fueron"

El sargento del Ejército Pedro Guarnizo dice que perdona el secuestro y los seis años de cautiverio, pero que jamás perdonará el asesinato de sus compañeros por parte de las Farc.

Por Rafael Quintero Cerón
Copena
Bogotá

Cinco de mayo del año 2003: El golpe tartamudo de las ametralladoras lo despertó. Aún no sabía cómo se había salvado luego de que tres balas lo rozaran sin siquiera tocarlo.

A su lado, silencioso y completamente quieto, estaba Guillermo Gaviria, gobernador de Antioquia. Tres disparos en su espalda habían acabado con su vida. Un poco más lejos, encima del cuerpo de un soldado, yacía Gilberto Echeverry Mejía, el Asesor de Paz de Gaviria.

Va todo estaba en silencio. La guerrilla, escudridiza, se logró escabullir del campamento ubicado en Urrao (Antioquia) luego de asesinar a ocho hombres.

En ese momento, el sargento primero Pedro José Guarnizo comprendió que el secuestro de seis años había finalizado como comenzó: en medio de una tragedia. Ahora, en el momento de superar el dolor.

LA OFICINA DEL SARGENTO.

En una Unidad Militar del centro oriente del país, a tres horas por carretera de Bogotá, que el mismo prefiere que no sea nombrada, está su escritorio.

En las paredes hay guitarras, todas huérfanas de acordeado. Y al fondo, uniformes con camuflaje multicolor para la tropa que ahora presta la que combate en paz con su rostro oculto tras los colores de los arlequines. Y es que la Oficina de Acción Integral es su razón para seguir de servicio en el Ejército.

Pero el Sargento no está. En ese momento se encuentra peleando por todo el pueblo en una bicicleta nueva (la antigua se la robaron en la puerta de su casa), en busca de trabajadores de entidades bancarias para convertirlos de participar en el programa "Soldados por un día".

Luego de una hora de espera, el sargento aparece en la Unidad y desciende de su bicicleta. No es muy alto y su contextura es delgada. Sin embargo, la fuerza de su labio está atada e indeleble en su rostro.

Es serio, seco, cortado, pero bondadoso. Y su voz tiene acento militar: es gruesa y directa. Casi sin preguntarle, comienza a explicar su labor.

"Ahora estoy en servicio y el trabajo es duro pero gratificante,

me siento mucho, estoy aquí, allá, organizando programas, entregando regalos, brindando asistencia a familiares de secuestrados, llevando mercados, diciendo conferencias, mejor dicho, no paro nunca", dice Guarnizo.

Por fin se sienta. Y sabe cuál es el tema de esta conversación porque deja a un lado su kepis, suspira y comienza a recordar, a reflexionar y a revivir; y siempre, y a pesar de todo, a revivir.

LA SERPIENTE Y LA RANA. "Yo recuerdo que del secuestro tengo dos imágenes hermosas. Una, era una serpiente cazadora que perseguía una pequeña rana para capturarla. Corría a través de la selva que rodeaba el campamento, de un lado a otro, la una cazando a la otra", dice.

Alas cinco y treinta de la tarde de ese día, el convoy con catorce soldados que se movilizaban por una carretera del Urabá Antioqueño al comando del capitán Carlos Viala, sintió miedo.

El fuego de cien fusiles guerrilleros los hizo ocultarse en la maleza a tratar de defenderse.

"Nos cerraron las salidas, nos bloquearon y nos encerraron a mí, a tres soldados y a un médico. Infortunadamente yo soy secuestrado y los que me acompañaban se quedan atrás.

Aquí comenzó todo. Caminé desde las 5:00 p.m. hasta las 12:00 p.m. Luego, el campamento, el todo y la presencia de una sombra mortal que en forma de fusil apuntaba a su cara 24 horas al día.

"No tenía privacidad. Si me desnudaba ahí estaban, si quería hacer necesidades, también. Allí se pierden todas las normas elementales, no hay nada... ni siquiera amor", esa última palabra parece cambiar la actitud fuerte del Sargento, como si de pronto hubiera encontrado un alivio para la cicatriz que se reabre cada vez que habla del tema.

En ese secuestro, no se sabía qué era peor: si la soledad o las caminatas; si la presencia de la muerte o las enfermedades; si el recuerdo feliz de los seres queridos o el temor a perderlos para siempre. Para Guarnizo, su mayor fortaleza fue nunca dejar de ser soldado y el mayor fracaso de la guerrilla haberlo dejado con vida, lo que le permitió reconstruir el futuro.

LA RECUPERACIÓN. Fue casi un año entre tratamiento psicológico y físico. Un año en terapias, en conversaciones, exorcizando los demonios e intentando recuperar la confianza y la posibilidad de un trabajo en la Fuerza.

el dato clave

Para recordar a Guillermo Gaviria y a Gilberto Echeverry, la guerrilla dejó ametralladoras y municiones. La masacre por el mismo secuestro que liberó al que en sus años fue secuestrado por la Farc.

El futuro

Pocos meses después del cruento rescate, el sargento Pedro Guarnizo se casó con quien había vivido algunos años en unión libre y que lo esperó los seis años del secuestro.

Ahora, el Sargento se ha casado y en enero llegará un nuevo hijo, o como el lo llama, "la comadrita de mi niña".

A pesar de la distancia de seis años y una larga unión libre, el amor estuvo intacto y su esposa lo esperó mientras con fotos alimentaba el mismo sentimiento en su hijo.

Ahora, solo desea ver su oficina crecer, atanzarse y trabajar en medio de mercados, charlas, disfraces de payaso y risas

en sus propias palabras

"No sé cuántos tienen la dicha de reconstruir su vida luego de todo lo que sucedió. Por eso yo soy afortunado, porque en seis años alguien pueda perdonar todo, pero yo no".
Pedro Guarnizo.

"No ha sido fácil, muchos de los soldados que han sido liberados ahora están en un manicomio. Yo tuve el apoyo del Ejército y de este batallón, donde el comandante me dio todo el apoyo y me permitió incorporarme a labores en un principio sencillas. Pero después, cuando me dieron esta oficina, supe que debía responder con responsabilidad, devolver la confianza", dice el Sargento.

ENTRE SOMBRAS Y LUCES. Primero fue un helicóptero, luego dos, después cuatro. Los guerrilleros se desesperaron y ordenaron encerrar a los prisioneros en una cabaña pegada al monte. De repente, sin previo aviso ni razón, gimieron las ametralladoras. Guarnizo sólo recuerda caer en el piso orando.

Todos cayeron heridos y los guerrilleros iniciaron la huida, pero el Sargento escuchó con cla-

ridad la orden de altas "El País", jefe mayor de los guerrilleros que los estaban cuidando: "Desafilense y remóntelos uno por uno".

Entonces, de nuevo el sonido tartamudo de las armas. La confusión y la inevitable muerte de los seres queridos: Guillermo Gaviria, Gilberto Echeverry, el teniente de Infantería de Marina Alejandro Ledesma, el teniente del Ejército Wagner Tapias, el sargento vicesegundo del Ejército Héctor Duván Sogara, el cabo primero del Ejército Francisco Negrete, el cabo primero del Ejército Jairo Navarrete, el cabo primero del Ejército Mario Alberto Martín, el cabo segundo de Infantería de Marina José Gregorio Peña y el cabo primero del Ejército Ernesto Cotes Samuel.

No había nada que hacer. Sólo respirar, dar gracias a Dios por que tres habían rehuido a morir, a la carne, y atender a los heridos: el cabo Hechberto Aranguren y el suboficial de Infantería de Marina Antonor Biella.

"Muchachos, ya regresó", dijo. Y corrió hacia la tropa que en ese momento se acercaba con el grito de "somos de las Fuerzas Especiales del Ejército, si hay secuestrados o guerrilleros que se quieran entregar, tírense al suelo con las manos atrás". Pedro Guarnizo obedeció, y los soldados lo reconocieron, en especial el comandante de la IV Brigada, general Mario Montoya.

"No sé quién era el más emocionado de los dos. Nos abrazamos, lloramos, gritamos y saltamos, estaba libre y me había rescatado la tropa", el orgullo es evidente en el Sargento.